

indicios sin embargo del primitivo dominio que sobre él ejercieron los lagos. Gran parte de la hermosura antigua ha desaparecido en consecuencia, sin que se haya reemplazado por la de un esmerado cultivo; pues es visto que los españoles no tienen la pasión de la naturaleza, y que sus hijos los mejicanos la tienen aún mucho menos, saliendo al campo periódicamente, pero llevando siempre la ciudad consigo.

Las inmediaciones de Méjico carecen pues de la hermosura del arte, pero tienen en cambio toda la que la naturaleza les ha prodigado, y de que la mano del hombre no las ha podido despojar. Guadalupe, Tacuba, Chapultepec, Tacubaya, San Agustín, San Ángel, son sitios deliciosísimos en que en una mañana fresca de cualquiera estación del año se respira la vida que anima aquella naturaleza incomparable, y muy especialmente en Chapultepec, bajo aquella familia de sabinos, sublimes restos de la antigua vegetación del Anáhuac, gigantes de la creación, ante cuyas nobles, hoy arrugadas frentes, han pasado las glorias de la corte de los emperadores aztecas y la severa y augusta pompa vireinal..... ¡Oh, que allí se vive por un instante de la vida de los siglos!

Son hermosos los paseos de Méjico, pero en general se ven hoy grandemente abandonados: en días festivos están concurridísimos de coches y de gente á caballo. El coche es allí un mueble, mas que de lujo, necesario; no atreviéndose apenas las señoras á poner los pies en la calle, temerosas de confundirse con los léperos que son insolentes, cuidadosas de evitar objetos nada gratos á la vista ni aceptos á la decencia, y muy principalmente por cierto tono de señorío y grandeza que siempre ha dominado en la porción escogida de aquella sociedad. A los antiguos redondos coches encaramados sobre sopandas, en donde no se conciliaba la comodidad ni la elegancia, van substituyendo las magníficas carretelas y landós venidos de los talleres de Londres y Bruselas; así como las prosáicas mulas cabizbajas van cediendo su puesto á los macizos normandos y mas acorizados caballos ingleses: entiéndase sin embargo que solo los agiotistas son los que se hacen arrastrar allí de una manera tan desusada como poco económica. El lujo de las habitaciones va recibiendo el mismo tono europeo, que tambien se observa en las mesas: por manera que en último análisis resultan en Méjico al cabo de sus revoluciones dos progresos

incontestables, el del lujo y el de la miseria, su inseparable compañera.

Uno de esos paseos, el bellissimo de la Viga, construido por Revillagigedo, ofrece un atractivo particular en el canal de Chalco que corre á lo largo de él. Véanse circular por este canal multitud de canoitas que vienen todos los dias del año á surtir el mercado de Méjico de frutas, de verduras y de flores: la india, rodeada de todos estos dones de la naturaleza en medio de su canoa, ordinariamente formada de un tronco de árbol, mueve con su pala con singular gracia y desenvoltura esta flotante isla de verdura, que se desliza silenciosa y veloz por encima de la tersa superficie de las aguas; pero cuando mas particularmente se hace notar este sencillo espectáculo es el viernes de Dolores, dia en que desde el amanecer se precipitan en mayor número y con mayor carga de flores las canoas, y en que la india, ordinariamente limpia, se presenta mas compuesta y engalanada. Hostigada la vista de colosales vapores y del humo de sus infernales chimeneas en Europa, complácese uno allí en asistir á estos rudimentos de la navegacion y en remontarse á aquellos primeros ensayos en que la naturaleza tomaba de la mano al hombre, y le

iniciaba modestamente en los secretos de las artes y de la civilizacion.

Vase herloseando Méjico, no tanto por las nuevas construcciones, como por el aire de elegancia que va tomando la ciudad en sus tiendas, cafés y teatros. Aquellas se adornan á porfía de dia en dia, y cada vez se montan bajo un pie mas lujoso, guardando en esto compás con la disminucion de sus rendimientos. Antiguamente era una humilde tienda, bautizada con el modesto nombre de *cajon*, la que hacia la fortuna de una familia, y acaso venia haciendo de atrás la de muchas: hoy son suntuosos templos de las artes los que sirven de tumba espléndida á los sacrificios y á las esperanzas de infinitas; pero tal es el giro de los tiempos y el orden de competencia y de vida europea en que va entrando Méjico. Los cafés son numerosos y están decorados con lujo: teatros habia tres, el uno de ópera italiana que no ha podido sostenerse, y los otros dos de declamacion servidos por compañías españolas, pues son escasos los actores mejicanos, y ninguno de las primeras categorías. Se estaba construyendo un teatro en la calle de Vergara, y será, asi que se vea concluido, un bellissimo ornamento de la capital. Se construia tambien un hermo-

so mercado en la plaza del Volador, al tiempo que se hablaba de derribar el Parian y de erigir un monumento en medio de la plaza mayor. Santa Anna, que como Augusto quiere pagar en monumentos á los mejicanos su amada libertad, es el que promueve todas estas obras.

De los edificios públicos merece notarse el colegio de minería, palacio verdaderamente regio dedicado por la ilustracion de nuestros monarcas al culto de las ciencias. El arquitecto Tolsa, valenciano, fue quien ideó y dirigió su construccion. Por lo demás hay multitud de templos muy bellos, pero que no merecen notarse despues del de la catedral: hay tambien porcion de conventos, notables por sus dimensiones y sólida arquitectura; hay en fin gran número de hospicios, de hospitales y colegios, todos de gran costo y comodidad.

Hay en Méjico una media docena de fondas, servidas por españoles y extranjeros, en donde se cuida bastante bien á la europea por cincuenta á sesenta duros mensuales. La cocina mejicana va sufriendo notabilísimas modificaciones de la irrupcion de artistas extranjeros en el importante departamento de la bucólica; y los gastrónomos, que yo sepa, no se han quejado hasta

el dia de tan radicales innovaciones, que son siempre peligrosas en todo género de materias. Con todo, subsisten en pie en medio de este vasto campo de ruinas los *frijolitos*, que aunque sea á los estrangeros les gustan; mas por lo que toca al pseudo-cocido español, tan recargado de plátanos, de yerbitas y de zarandajas, va viniendo á tierra por instantes, y concluye si no se le depura de tantos adherentes. Por lo demás, el *mole*, aunque sea de *guajolote*, el *chile* verde ó encarnado, los *tamalitos*, y tantos y tantos comistrajos de la cocina indio-hispana, vanse á toda prisa retirando de las mesas escogidas, y refugiándose en las de los rangos mas subalternos. La cocina mejicana carece del importante renglon de los pescados; porque de la mar, sobre ser malos, no vienen, y de tierra solo hay sabroso el *bagre*, que escasea bastante. Tampoco las carnes y las aves, aunque abundan, son muy sustanciosas; pero en cambio hay copia inagotable todo el año de verduras y de frutas, en especial las del pais, que son esquisitas y de prodigiosa variedad; pues de las europeas solo existen comibles los perones y la pera-gamboa, que es particular.

Son alli continuas las romerías y muy concurridas; pero se hacen notar por un

cierto aire sombrío de reserva. El indio no hace mas que estasiarse en el templo al brillo de las luces y al aroma de los inciensos, y en saliendo fuera quemar cohetes y ruedas, que es su pasión. El lépero, envuelto en su toga romana (en lenguaje mas modesto *frazada*), se pasea y observa; hace continuas visitas á la tienda del *pulque*, (brevage que no trocaría él por el mismo *Lafitte* en persona), y cuando mas echa su *jarabito*, baile de menudos y compasados movimientos, que guarda perfecta consonancia con el gracioso punteado de la bandurria, que le sirve de estímulo y de guía. En cuanto al blanco, echa un vistazo á pie ó á caballo, y pasa el mayor rato en una huerta ó fonda, en donde reparte su precioso tiempo entre las graves ocupaciones de la mesa y del juego. No hay allí pues aquella esplosion de alegría, aquella variedad de juegos que dan una fisonomía tan animada á nuestras romerías, particularmente en las provincias del norte: el carácter mejicano es apagado.

Entre todas estas romerías merecen particular mencion las de Guadalupe y San Agustin. La primera se celebra en el santuario de este nombre, á una legua de Méjico y en dos dias distintos con interposicion

de veinte, el uno por los naturales, y el otro por la *gente de razon*; pero en ambas dominan aquellos, porque la Virgen de Guadalupe es su númen protector. Llega el pobre indio de sesenta leguas á la redonda, despeado y alimentado de las *tortillitas* que sacó de su choza, y su primer afán es ir á postarse en el templo y regar con abundante lloro su hermoso pavimento; es ir á saludar á su madre y adorar á su reina y señora. La noche la pasa al rededor del santuario, durmiendo al aire libre. El dia de la festividad vuelve con no gastado amor á obsequiar al objeto de su culto, entrando á su presencia con danzas y sonajas, en que toman parte las mugeres, los ancianos y los niños: asiste á todas las ceremonias, y se acurruca al pie de un altar donde pasa horas enteras. En esto saca acaso de entre mil envoltorios una estampita ó un santito de bulto, que toca tres veces al altar, y le vuelve á envolver con cuidado para llevarsele consigo: compra tambien multitud de estampas y medallas, y se divierte en echar y recibir muñecos desde la torre. Fuera del templo hay porcion de lugares sagrados que visita con la mayor devocion, entre otros una capillita donde hay una cisterna, con cuyas aguas milagrosas se baña

una y mil veces la cabeza; terminando su procesion en una ermita colocada en un montecito, lugar de la aparicion al indio Juan Diego. Desde alli una mirada al valle sería encantadora; mas el pobre indio se cuida poco de aquel sublime espectáculo: su corazon es todo de la Virgen. Ciertamente es admirable el efecto mágico de la religion sobre una existencia tan humilde, y su divino poderío para colmar en el corazon del indio el vacío de todo otro sentimiento grande, en especial el de su libertad é independencia.

Las fiestas de San Agustin de las Cuevas, situado á tres leguas de Méjico, se celebran por mayo y duran una semana, si bien los dias de mayor fuerza son tres: alli no es la piedad la que reúne á los hombres, sino la pasion del juego: alli se rinde culto esclusivo á la diosa de la Fortuna ó de la Fatalidad, y hasta las mismas Gracias sufren su tiránico yugo. No les basta jugar todo el año, y llevar consigo esta funesta pasion á las reuniones mas escogidas y á los pasatiempos del campo; los mejicanos necesitan todavía de unas fiestas saturnales, en que sin freno entregarse al juego, y en que aun los mas recatados y prudentes se abandonen á tan peligrosa ocupacion. Hay alli

montes por todas partes: los hay de oro, en que se ven seis mil onzas formadas en columnas, y crédito indefinido además; los hay de oro y plata, de plata sola, de plata y cobre, y de cobre solo; para que todas las clases de la sociedad, desde el opulento capitalista hasta el proletario, encuentren medio cómodo de entregarse á su favorita pasion. El presidente juega con sus ministros y otras notabilidades; mas el magistrado, el general, el comerciante, el dependiente, todos se confunden al rededor de la mesa pública, en donde no se acatan mas distinciones sociales que las que establece el oro. Solo las señoras de categoría no juegan, al menos públicamente; pero toman parte en las *vacas* que juegan sus conocidos.

Es de admirar el orden que reina en los montes, donde no se oyen mas palabras que las pocas que exige la marcha del juego, ni otro ruido que el del oro que se paga ó se recibe. Si hay alguna cuestion, al punto se decide caballerosamente, pagando el montero cualquiera cantidad que se le reclame. La baraja circula por la mesa, y no hay mas que albur seco. El mejicano no altera su compostura estóica en próspera ni en adversa fortuna, siquiera se esté arruinando completamente, y tenga al salir del juego

que sacar á su muger y á sus hijos de la casa paterna, último resto de su hacienda, como mas de una vez sucede. El español, aunque no de tanta flema, tiene ó aparenta por orgullo la misma impasibilidad. Son muy pocas ó ninguna las fortunas formadas en el juego, é infinitas las que en él desaparecen; pero son muchas las que deben su origen á la participacion de las ganancias del monte, formando este un ramo de especulacion de los mas lucrativos en Méjico. En los dias de la fiesta se pregunta: "¿Y quién ha hecho hoy campaña?" El afortunado es el héroe del dia, y su nombre circula de boca en boca, admirándose su valor y serenidad. La campaña consiste en jugar á la dobla; llegándose á elevar los puntos hasta mil quinientas onzas, y aun á veces á desbancar un monte cuando no tiene gran reserva.

En San Agustin se juega tambien á los gallos y se atraviesan gruesas sumas. El señor Presidente actual suele bajar á tomar parte en esta arena de apuestas, siendo el juego de gallos una de sus favoritas diversiones. Las señoras se visten tres veces al dia, la una de iglesia, la otra de calle y la tercera de sarao; pero es en vano que se adornen y que luzcan su gentil talle y perfecciones: ellas tienen que contentarse con

los desechos de los montes, con la sociedad de aquellos que han sido maltratados en el juego, y que por distraerse y dejar pasar las malas horas vienen á buscar su amable trato.

Hay otras funciones en Méjico, y particularmente la de los toros. La cuadrilla es española, si bien los rancheros son los que hacen de picadores. Estos se presentan en buenos caballos cubiertos de cuero; lo cual, y la mayor debilidad de los toros, hace que no sean tan sangrientas como entre nosotros estas bárbaras fiestas, oprobio de nuestra civilizacion. Hay además los coleaderos, los herraderos y otras diversiones propias del campo, en las que lucen los rancheros su valor, su agilidad y destreza en el manejo del caballo.

Por último, hay tres dias notables en Méjico, los de difuntos, Todos Santos, y otro mas en que se celebra la fiesta llamada de las calaveras, seguramente por la multitud de ellas, de tumbas y objetos análogos en dulce que se venden al rededor del Parian. Esos dias son unos de los pocos del año en que las señoras pisan la calle y salen á lucir sus galas, y tienen en consecuencia un atractivo singular para el forastero: en tales dias es necesario llevar á que compren su

calavera á los niños de la casa , y aun cuando no sea á los niños ; pues por una costumbre romántica en aquel clásico pais, usaron de antiguo los amantes regalar á sus queridas su calavera : los compadres tenían que hacer un regalo igual á sus comadres ; mas todas estas prácticas de la edad de oro de aquella sociedad van á toda priesa desapareciendo ante los afanes de la nueva vida pública , y ya la fiesta de las calaveras no es lo que fue hace veinte años.

La turba se dirige en tales dias á los cementerios, donde se entretiene en reparar los curiosos epitafios que abundan sobre las sepulturas. Méjico ha entrado tambien en esta línea de progreso , y se ha dado al cultivo de este precioso ramo de literatura moderna, de que , á pesar de sus adelantos , puede tomar aún provechosas lecciones en *Père la Chaise* , y aunque sea en los nebulosos cementerios del otro lado del canal.

Omito hablar de la fiesta de las posadas, y transcribir otros rasgos de la fisonomía de aquella sociedad, que tan notablemente se altera de dia en dia, revistiéndose del aire comun y reservado que da el trato de los extranjeros y los cuidados de una existencia azarosa ; mas no puedo

escusarme de decir dos palabras sobre los compadres, tratándose de un pais en que todo se hace por compadrazgo. Es este un parentesco que se ramifica allí portentosamente , y que impone sacrificios y deberes al padrino ; asi como le produce sus emolumentos, si bien estos guardan escasa proporcion con aquellos. El padrino empieza por hacer frente á todos los gastos del bautizo, los cuales hoy se van reduciendo, pero antiguamente eran muy considerables : tiene que llevar sus bolsillos provistos de *bolos*, que son *medios* de plata ú oro muy nuevecitos, para regalar á todos los conocidos de la casa : tiene que regalar á la parida el dia del bautizo, y que volverla á regalar el dia que sale á misa, y que regalar en fin á la nodriza y al ahijadito cuando va creciendo ; que es cuento de nunca acabar. En cambio siempre es el bienvenido á casa de la comadre, la cual le envia continuamente platitos de dulce hechos de su mano. El mayor empeño que se puede allí echar á uno es el de su comadre ; porque ¿ qué cosa podria negar un buen compadre ?

Después del de compadre nada es tan comun y tan respetado como el título de *compañero* : allí son por toda la vida com-

pañeros dos generales, ó dos magistrados, ó dos ministros, ó dos porteros que han servido juntos, ó dos abogados que ejercen en los mismos tribunales: en una palabra la sociedad entera está trabada por los dulces lazos del *compañerismo*, y al oír tan grato nombre, cualquiera creeria reproducidos allí los tipos del *camarada* y del *hermano de armas*, que tan hermosas páginas llenan en la historia de la edad media; pero correria gran riesgo de equivocarse, si no se reducía á afirmar secamente que la boca de los mejicanos es una fuente de miel. Estas y otras espresiones dulces, unidas á frases eternas de civilidad y cumplimiento, con mas una voz insinuante y maneras cultas, dan al trato en Méjico un grande aire de suavidad.

POBLACION.

Desde fines del siglo XVI se hicieron padrones en Méjico, pero hasta 1793 no existió el único trabajo de esta especie que merezca el nombre de censo general, el formado por el conde de Revillagigedo, que hacia subir la poblacion de N. E. á 5.200.000

habitantes. Mas es de advertir, que se omitieron en este censo tres intendencias, la de Veracruz, la de Guadalajara y la de Coahuila. Despues se ha trabajado continuamente en el censo, aunque no con el método y concurrencia por parte del gobierno que fuera de desear. El boletin del instituto nacional de geografía en Méjico, despues de tomar en consideracion todos los trabajos precedentes, daba en 1838 á la república dividida en sus veinte y cuatro departamentos una poblacion general de 7.044.000 habitantes, y un aumento en años benignos de $1\frac{1}{4}$ por 100. Establece tambien, aunque no sobre datos bastante completos, un exceso de nacidos en las tierras calientes sobre las frias de $1\frac{1}{2}$ por 100. Resulta además de sus observaciones confirmada la opinion de Humboldt sobre una preponderancia del sexo fuerte, aunque en proporcion mucho menor de la que asigna este sábio; siendo por regla general mayor el número de hembras en las latitudes bajas y menor en las altas, con escepcion del departamento de Tamaulipas, en que á pesar de su temperamento cálido predomina grandemente el número de hombres. Esta poblacion está repartida en ciento veinte y cinco ciudades y villas (suponiendo que no haya aumentado su nú-